

El secuaz más cruel de Hitler

JACINTO ANTÓN

REINHARD HEYDRICH, "el verdugo de Hitler", fue el más abyecto de los criminales nazis. Ambicioso, resentido, frío y calculador, el jefe de seguridad del III Reich, ideólogo de la "solución final", impulsó con saña el exterminio de millones de judíos. Acabó sus días en Praga, asesinado por un comando checo.

Una cripta es un buen lugar para empezar la historia de un tenebroso asesino. Aquí, debajo de la catedral ortodoxa de los santos Cirilo y Metodio, en Praga, en la calle Resslova, se escondieron los paracaidistas tiranocidas que mataron en 1942, en el pináculo de su carrera, al temible Reinhard Heydrich, el poderoso jefe de seguridad del III Reich, virrey de Hitler en Checoslovaquia y eficiente organizador del exterminio del pueblo judío. Es difícil imaginar a un tipo peor que Heydrich, aunque desde luego era polifacético: además de ser malvado, tocaba el violín, pilotaba aviones, navegaba y practicaba la esgrima. "La bestia rubia", se le ha llamado, y también "el verdugo (*der henker*) de Hitler" y "el carnicero de Praga". Eichmann trabajaba para él, y se dice que hasta Himmler, del que era nominalmente subordinado y *protégé*, llegó a tenerle miedo. Ambicioso, resentido, frío y calculador, Heydrich dirigió con mano de hierro el enjambre de criminales del sistema policial más perverso que ha conocido el mundo. Su espectro, enfundado en el uniforme de general de las SS con el que se sentía tan a gusto, parece deambular furioso por este tétrico lugar de la capital checa clamando todavía venganza, como si no le hubieran aplacado los ríos de sangre vertidos en su nombre y la destrucción en represalia por su muerte de todo un pueblo: Lidice.

La cripta de la iglesia de Praga conserva elocuentes testimonios de la lucha desigual entre el puñado de hombres valientes que cazaron al monstruo en una operación de ribetes suicidas y la jauría lanzada para capturarlos. En las paredes de piedra, cubiertas de nichos —gracias a Dios, hoy vacíos—, se observan numerosos impactos de bala; en una vitrina pueden verse una pistola Colt de 9 milímetros, una granada Mills y una metralleta Sten de los paracaidistas, así como un libro empapado en la sangre de uno de ellos. En este claustrofóbico subterráneo estuvieron refugiados durante 20 días, tras su exitosa acción del 27 de mayo de 1942, los tres autores materiales del asesinato o "liquidación militar" de Heydrich, los sargentos de la Brigada Checa instruidos en el Reino Unido Jozef Gabčík, Jan Kubis y Josef Valčík, junto con otros cuatro paracaidistas encargados de otras misiones, pero que se ocultaron en el mismo lugar para escapar de la inmensa redada policial montada por los nazis. Denunciados por un camarada traidor, el sargento Curda —con fama de borrachín, aunque parezca un chiste fácil— y tras conseguir la Gestapo la pista final de su paradero torturando a una joven resistente a la que se presentó la cabeza de su madre flotando en una pecera, los siete paracaidistas lucharon como fieras en la iglesia. Tres hicieron frente con sus armas desde el coro a los soldados de las Waffen SS que irrumpieron a tiros en el santo lugar —el total de efectivos movilizados en el ataque por los nazis superó los 800 hombres— Cuando después de dos horas cesó el fuego, los alemanes descubrieron los cuerpos de dos paracaidistas muertos que se habían envenenado con las

cápsulas de cianuro proporcionadas a todos sus agentes por el servicio de operaciones especiales británico (SOE) y el de un tercero tan malherido que falleció poco después de ingresar en un hospital.

El resto de los paracaidistas se había atrincherado, en plan Termópilas, en la cripta y no fue fácil reducirlos. Los atacantes bombearon agua a través de un ventanuco: lanzaron granadas, bombas lacrimógenas y ráfagas de ametralladora por una trampilla, y finalmente entraron en tromba en la oscura catacumba, pero tuvieron que retirarse con varias bajas. Mientras preparaban un nuevo asalto y abrían con explosivos el acceso a la anegada cripta bajo el altar mayor sonaron cuatro tiros. Los cuatro valientes paracaidistas habían dirigido sus pistolas contra ellos mismos para no caer en manos de la Gestapo. En total resistieron seis horas. En la cripta puede verse el agujero que empezaron a cavar en un muro, en un infructuoso intento de alcanzar el sistema de alcantarillado para huir.

Los visitantes del lugar, convertido en un memorial a los héroes de la *Heydrichiady*, la ola de terror desatada tras la muerte de Heydrich, y de la resistencia antinazi en general, han dispuesto pequeñas ofrendas, flores y mensajes en papелitos que ensalzan el valor de los que lucharon aquí. En este momento, cuando acaba de marcharse un extravagante grupo de jóvenes checos caracterizados de soldados rusos de la II Guerra Mundial que sin duda participan en alguna de las ceremonias con *reenactments* (reconstrucciones históricas) del 60º aniversario de la liberación de Praga, el 9 de mayo, sólo quedan en la cripta quien firma estas líneas y un anciano trajeado absorto en un icono que pende de la pared. Se escucha un fuerte golpe arriba, en la iglesia, y el viejecito pone cara de susto y grita: "¡Gestapo!". Luego ríe encantado de su broma —arriba lo que hay es un bautizo— y del efecto que ha producido. Se presenta, sin dar su nombre, como si estuviéramos aún en la clandestinidad, como "un antiguo miembro de la RAF" —los encargados de lanzar a los paracaidistas checoslovacos en sus peligrosas misiones— e invita a tomar un café en el bar de la esquina, U Parasutistu (Los Paracaidistas), dedicado monográficamente, con gran sentido de la oportunidad, a la resistencia y la acción contra Heydrich. "Un gran hijo de puta", establece el viejo aviador, que finalmente ha optado por una cerveza, ante el retrato canónico del jerarca nazi que puede verse en un rincón, y que lo muestra como *reichprotektor* de Bohemia-Moravia, enfundado en el ominoso uniforme de *obergruppenführer* (general) de las SS. Desde luego no es la imagen de una buena persona. Emana de la fotografía un aura increíblemente siniestra y un claro mensaje de amenaza. Incluso en este mediodía soleado de primavera en Praga, uno no puede evitar un escalofrío.

Reinhard Tristan Heydrich nació el 7 de marzo de 1904 en la ciudad sajona de Halle y nada hacía prever que fuera a ser un monstruo. De hecho, estaba bajo el amable signo de la música: su padre era un compositor de cierta fama, Bruno Heydrich, y sus dos nombres de pila estaban tomados de sendas óperas, el primero del personaje de una de las obras líricas paternas y el segundo de la célebre de Wagner (Cosima era amiga de Bruno Heydrich). La madre, Elisabeth, era una ferviente católica. La manera en que Reinhard Heydrich —el pequeño y tímido Reini, como le llamaban familiarmente en casa, que aprendió a tocar ya de niño virtuosamente el piano y el violín (fue un consumado intérprete de este instrumento toda su vida) y se interesaba por la

química— llegó a convertirse en el hombre más temido de Europa es digna de la transformación de Anakin Skywalker en Darth Vader.

El joven Reinhard era un chico inteligente, introvertido y sensible, bastante guapo, pero con una voz chillona que le granjeó el apodo de "cabra" en el colegio (es obvio que después nadie le volvió a llamar así). Menos aún le gustaba el sobrenombre de Isi, judío, que le dieron al correr el rumor de que su familia era de ascendencia hebrea. un aserto que, como veremos, le persiguió toda la vida. La I Guerra Mundial y la debacle de la derrota sacudieron los cimientos de la plácida vida burguesa de la familia Heydrich, propietaria de un conservatorio. Reinhard, como el resto de sus compañeros de la escuela, formó parte de un cuerpo de voluntarios de defensa civil, y de 1919 a 1920 fue miembro del Freikorps Märker, una fuerza paramilitar de la derecha. De todas formas, su destino no parecía estar entre los patrioteros y belicosos agitadores callejeros de la Alemania de entreguerras. sino en el mar. Alentado por las visitas de un amigo de la familia, el almirante conde Felix von Luckner, el heroico comandante del corsario *Seeadler* Heydrich decidió ser marino. Sus padres ya habían decidido que siguiera la carrera musical, pero accedieron a que ingresara en la Armada. en la práctica consideración de que ser oficial de la misma era socialmente aceptable. Así que Heydrich entró en 1922 en la base de Kiel con un violín, regalo de su padre, debajo del brazo. Con su refinada educación, su voz de falsete y su fisonomía delicada, casi femenina (tenía unos labios muy carnosos y unas manos finas y largas: "como arañas", describió su subordinado Schellenberg), sufrió bastante en el rudo ambiente militar. Un instructor la tomó especialmente con él y, borracho, le sacaba de la cama por las noches para obligarle a interpretar con el violín la Serenata de Toselli, una pieza que desde entonces Heydrich siempre aborreció. El joven recluta se refugió en la soledad y en los deportes, especialmente la esgrima, en la que se revelaría un consumado maestro (fue capitán del equipo de las SS y responsable de toda la esgrima alemana), aunque no muy caballeroso: al ser eliminado en un campeonato lanzó su sable al suelo con furia, y parece que su siniestra fama como jefe de la Gestapo —que lógicamente intimidaba si tenías que luchar con él— le permitió ganar bastantes combates.

En 1923, completada su instrucción, el cadete ingresó en la tripulación del crucero *Berlín*, donde conoció al que luego sería su gran rival en los servicios secretos alemanes, Wilhem Canaris, entonces oficial en el mismo buque. Heydrich trabó amistad con Canaris y se convirtió en un habitual en casa de éste, donde participaba en las veladas musicales con la mujer del anfitrión, Erika. que tanibién tocaba el violín, Algunos días jugaban al cróquet. La relación con Canaris. el ambiguo jefe de espías responsable de la Abwehr, fue siempre muy compleja, y se ha afirmado que el almirante. en una de sus alambicadas operaciones de contrainteligencia, pudo estar detrás del —para él— oportuno atentado que costó la vida a Heydrich. Una teoría conspirativa que. no obstante, se ve contradicha por, el hecho de que Canaris. el viejo zorro, pareció realmente afectado por la muerte del antiguo amigo y lloró en su funeral (véase *Hitler's spy chief* de Richard Basset. Weidenfeld & Nicolson, 2005).

La carrera naval de Heydrich iba viento en popa: ascendió a teniente, era apreciado por sus superiores y famoso por sus éxitos deportivos —vela, equitación. Esgrima— cuando conoció a la que sería su mujer Lina Matilde von Osten. una belleza rubia con un hermano en las SA y ella misma miembro

entusiasta del partido nazi —una mala persona (véase el capítulo que le está dedicado en *Las mujeres de Hitler* Plaza & Janés, 2003): tras la guerra fue condenada en Praga a cadena perpetua en ausencia por el uso de trabajadores esclavos para ampliar y cuidar su finca checa— Fue un flechazo, y al poco se comprometieron. Pero entonces estalló el drama: una chica con la que Heydrich había tenido un oscuro affaire se sintió ultrajada por el anuncio de ese compromiso y se quejó a los superiores de nuestro hombre. La joven era hija de un amigo íntimo del almirante Raeder, nada menos, y el asunto le costó a Heydrich un juicio de honor y su expulsión sumaria de la Armada por atentar contra el código de conducta de la misma, que estipulaba que todo oficial debía ser a la vez, por supuesto, un caballero. En cuestión de faldas, desde luego, Heydrich no lo era. Poseía un insaciable apetito sexual, con un lado sádico, y su relación con las mujeres —aunque aparentaba ser un amantísimo marido y ejemplar padre de familia (tuvo cuatro hijos, uno póstumo)— fue la de un depredador Su larga mano —y nunca mejor dicho— llega incluso a Barcelona, donde, durante una recepción naval en el Club Alemán en sus tiempos de oficial de la marina, fue abofeteado públicamente por una joven con la que se propasó.

El que fuera célebre intérprete de las autoridades nazis en Italia y oficial de las SS, Eugen Dollman, relata en sus memorias, *Intérprete de Hitler* (Juventud, 1969) —en las que, por cierto, dice de Heydrich que fue el único de los líderes nazis al que instintivamente temió desde que le vio—, la visita a un burdel en Nápoles con el ya jefe de los servicios secretos. Heydrich convocó allí a todas las prostitutas y arrojó un puñado de monedas de oro al suelo para verlas arrastrarse delante de él. una imagen digna del peor de los jefes de las cohortes pretorianas de Domiciano.

La expulsión de la Armada en 1931 fue un golpe terrible para Heydrich. el peor de su vida, y lo que le condujo a las SS y a su carrera de genocida (desgraciadamente. este reverso oscuro de *Lord Jim* no prefirió perderse en un lejano Patusán). Dolido. humillado y rencoroso, en la calle y sin empleo, acabó ingresando en la única estructura militar de cierto prestigio que podía aceptar a un hombre marcado como él: la Schutzstaefel (SS). En esa nueva y siniestra aristocracia halló un sustituto a sus ansias de reconocimiento social y una forma también de pasar recibo al mundo que le había rechazado. Las SS seguramente estuvieron encantadas de reclutar en sus filas a un ex militar desarraigado y despechado como Heydrich que además. a diferencia de otros miembros y líderes del partido, tenía un formidable aspecto ario con su altura, su complexión deportiva, su cabello rubio y sus ojos azules. De hecho, Heydrich fue considerado "el hombre de las SS ideal", un elogio que hoy nos deja un tanto perplejos.

En todo caso, su llegada a las SS tuvo algo de sainete, como explica Richard Breitman en su iluminador libro sobre Himmler *The architect of genocide* (Pimplico, 2004): enterado de que Himmler buscaba a alguien para organizar un servicio de inteligencia de las SS —lo que sería el temible SD (Sicherheitsdienst, servicio de seguridad)—, Heydrich se presentó sin avisar en la granja de pollos del *reichsführer* en Waldrudering, y allí el jefe de las SS —tan amante de la agropecuaria y la jardinería como de los campos de concentración— le sometió a un rápido interrogatorio y le pidió que esbozara un proyecto para la nueva sección. Heydrich improvisó basándose en su experiencia como lector de novelas de espionaje —para que luego digan que

leer género policiaco es perder el tiempo— y se hizo con el puesto. Parece ser que en la decisión de Himmler desempeñó un papel importante la confusión que se hizo, pese a ser hijo de maestro, con la palabra alemana *nachrichtenoffizier* que puede significar oficial de inteligencia u oficial de señales, que es lo que Reinhard Heydrich era en la Armada.

Los historiadores advierten, sin embargo, de lo incorrecto de ver a Heydrich sólo como un oportunista amoral: fue en realidad un convencido ideólogo del credo nazi, y sus crímenes derivaron de su fanatismo y su entrega a la causa hitleriana.

El nuevo y flamante miembro de las SS (número 10.120) aprovechó para casarse con Lina von Osten en una ceremonia en la que no faltó la esvástica en el altar y el *Horst Wessel Lied* en el órgano. De regalo de bodas, Himmler le ascendió a *sturmbannführer* (mayor). Heydrich se puso manos a la obra con la SD y formó un instrumento retorcido y maligno consagrado a la intriga y el espionaje. Sin embargo, de nuevo apareció un contratiempo: el viejo tema de la sangre judía. Seguramente fruto de las intrigas y envidias dentro del partido, el asunto llegó a las autoridades y se exigió una investigación en profundidad sobre una familia que contaba nada menos que con un Süß en sus filas. Heydrich salió del examen como "puro ario", pero las sospechas no se desvanecieron nunca del todo. Contribuyó a ello el que desaparecieran muchos indicios de la genealogía de Heydrich (y algún testigo). La lápida de la tumba de su abuela, por ejemplo, que rezaba Sarah Heydrich, se convirtió misteriosamente en S. Heydrich. Es posible que esa espada de Damocles de la sangre judía actuara como acicate del fanatismo antisemita de Heydrich. También debió de servir para que se ejerciera una presión sobre él desde las altas instancias del partido (Joachim Fest dice que era "chantajeable"). Heydrich se reveló desde el principio como un terrible Maquiavelo policial. Una de las primeras pruebas de sus grandes capacidades la dio con motivo de esa gran noche de San Bartolomé parda que fue el golpe contra las SA. No tuvo el menor escrúpulo en planificar la muerte de Ernst Röhm, padrino de su hijo mayor.

En poco tiempo, el duro, despiadado, intrigante y eficiente Heydrich, a la sombra de Himmler, consiguió reunir en sus manos un poder colosal: fue nombrado jefe de la policía de seguridad (SIPO), que incluía la Gestapo, y finalmente responsable de la Reichssicherheitshauptamt (RSHA), la gran oficina central de seguridad del Reich, la temible telaraña que incluía a todas las agencias policiales y de espionaje. El organismo tenía entre sus responsabilidades, por supuesto, ocuparse de los judíos, considerados principales enemigos del Estado. El 31 de agosto de 1939, Heydrich tuvo el dudoso privilegio de alzar la punta del telón de la II Guerra Mundial: fue el encargado de la Operación Tannenberg, dedicada a simular una agresión polaca que justificase propagandísticamente la invasión de Polonia al día siguiente. Se utilizaron prisioneros del campo de Sachsenhausen, ejecutados a sangre fría, para simular supuestos soldados polacos atacantes. Durante la campaña de Polonia, las SS iniciaron su programa de asesinatos en masa a través de las unidades especiales de la policía de seguridad de Heydrich, los tristemente célebres *einsatzgruppen*, que luego sembrarían el terror en la Unión Soviética cometiendo atrocidades sin cuento.

Nuestro personaje se fue involucrando paulatinamente en los aspectos más abyectos del régimen nazi, y casi como una consecuencia lógica acabó siendo fundamental en la "solución final de la cuestión judía", un papel por el que, de haber sobrevivido a la guerra, le hubieran ahorcado sin duda alguna en Núremberg. Por orden de Goering organizó la famosa Conferencia de Wannsee, que reunió, el 20 de enero de 1942, a un grupo de altos cargos del III Reich para disponer las medidas administrativas y la logística del Holocausto (véase *La villa, el lago, la reunión*, de Mark Roseman. RBA, 2001). Sólo por esa fructífera reunión —en la que se discutió, entre buenos vinos y cigarros, la aniquilación de millones de personas— merece Heydrich pasar con matrícula a la historia universal de la infamia. Existe un estupendo filme moderno acerca de la Conferencia de Wannsee (*La solución final*, 2001) en el que el papel de Heydrich lo interpreta —con ese desconcertante convencimiento que aportan los británicos a sus papeles de villanos nazis— el shakespeariano Kenneth Branagh. Hay otras dos películas, espléndidos clásicos, en las que aparece Heydrich, ambas centrados en su asesinato en Praga: *Hitler's madman* (1942), de Douglas Sirk, y *Hangmen also die!* (1943), de Fritz Lang, en cuyo guión colaboró Bertolt Brecht.

Desde septiembre de 1941, y gracias a una ocasional alianza con Bormann, Heydrich compaginaba sus responsabilidades de policía y seguridad del imperio de Hitler con el alto cargo de *reichprotektor* de Bohemia-Moravia, en sustitución del débil Von Neurath. En ese puesto convirtió el país virtualmente en un Estado de las SS y desarrolló al máximo sus perversas cualidades, para horror de los checos. Su éxito en destruir la resistencia y cualquier tipo de oposición resultó tan aplastante —a base de una campaña de represión brutal— que, paradójicamente, fue una de las causas de su asesinato. Los círculos checos en el exilio en Londres se vieron obligados a realizar una acción espectacular que demostrara al mundo que el pueblo checo no se había plegado a la tiranía nazi. Así nació Anthropoid, la operación de comandos para matarlo.

Heydrich despreciaba a los eslavos y les preparaba un destino de esclavitud en el Reich de los mil años. Ese desprecio y el alto concepto que tenía de sí mismo y del miedo que provocaba le hicieron descuidar su seguridad personal. Los paracaidistas entrenados en el Reino Unido le tendieron una emboscada el 27 de mayo de 1942 cuando se trasladaba como cada día, a la misma hora y sin escolta, en un coche descubierto junto a su chófer SS Johannes Klein, desde su domicilio en las afueras de Praga (una suntuosa mansión confiscada a un judío) hasta su despacho oficial en el castillo Hradcany. Aprovechando un recodo del camino en el que el automóvil del *reichprotektor* debía reducir la velocidad, ya en los suburbios de la capital, el sargento Gabcik se abalanzó esgrimiendo su metralleta Stein para rociar el coche con una ráfaga mortal. Apretó el gatillo y... nada. El arma se le había encasquillado. En ese momento, Heydrich tomó una decisión fatal: en vez de ordenarle a Klein que acelerara —lo que hay que hacer en estos casos— le mandó parar para enfrentarse al atacante con su pistola. Entre los muchos defectos de Heydrich no estaba la cobardía. Muy al contrario, era un tipo descerebradamente arrojado que aprendió a pilotar aviones y, durante la guerra, no dudó en volar con la Luftwaffe en misiones de reconocimiento y combate, primero en Noruega y Francia (ganó la Cruz de Hierro y otras condecoraciones) y luego en Rusia, donde, por lo visto, a los mandos de su

propio caza Me-109 decorado con su runa particular; fue derribado y hubo de ser rescatado tras las líneas enemigas. Hitler tuvo un ataque de furia al enterarse de que su gran especialista en seguridad y guardián de tantos secretos se arriesgaba imprudentemente, y Himmler le prohibió entonces volver a volar. Al detener el coche aquel día en Praga, Heydrich posibilitó que el otro ejecutor del atentado, el sargento Kubis, cumpliera su misión complementaria de arrojar una bomba de mano confeccionada para la ocasión a partir de un proyectil antitanque. El artefacto impactó contra el costado del Mercedes 320 y explotó, hiriendo al mandatario nazi con esquirlas y trozos de la carrocería.

En el momento del atentado, Heydrich preparaba un nuevo salto en su carrera. Confiaba en ser nombrado por Hitler *reichkommisar* encargado de la seguridad global de todos los territorios ocupados. Era su objetivo extrapolar la experiencia del Protectorado especialmente a Francia para reducir a la resistencia gala con los mismos métodos despiadados. Sumado a sus responsabilidades en Interior y contraespionaje y sus tareas en la deportación de los judíos, el nuevo cargo hubiera hecho de Heydrich una figura de primerísima fila del III Reich, según subraya el historiador Callum MacDonald en *The killing of Reinhard Heydrich* (Da Capo, 1998), seguramente el mejor libro sobre el personaje y su asesinato. Guita Sereny, para la que Heydrich fue "la personalidad más oscura del firmamento nazi", cree que su ambición era reemplazar a Himmler. Otros historiadores, sin embargo, disienten. Richard Overy dijo recientemente a quien escribe estas líneas que la cúpula nazi no hubiera tolerado a un Heydrich más poderoso que amenazara a los verdaderos líderes. Y que su destino era "moverse hacia los lados, pero no hacia arriba". Por su parte, en otra conversación, el también historiador Richard J. Evans opinó que Heydrich, pese a todas sus maniobras no habría dejado de estar subordinado a Himmler.

Sea como fuere, pensando quizá en cómo se desvanecían sus sueños, Heydrich se desangraba en la calle aferrado a su pistola y a su odio. Ingresado en el hospital Bulovka, pareció en principio que las heridas del mandatario nazi no eran mortales y se recuperaría —para horror de todos—: pero, al cabo de unos días, su estado se complicó repentinamente, se le declaró una septicemia, sufrió un colapso general y murió el 4 de junio. Se ha especulado con que la bomba contuviera alguna toxina aportada generosamente por los servicios secretos británicos o con que una mano negra en el hospital actuara contra el postrado asesino. Parece más probable que lo que envenenara a Heydrich fuera una bacteria introducida en las sucias heridas provocadas por el metal de la bomba y los fragmentos de carrocería. En el cuerpo lacerado del *reichprotektor* se encontraron incluso restos de la crin de caballo usada como relleno de los asientos. La causa de la muerte fue anotada como "infección de herida". Himmler había enviado sus mejores médicos de las SS —cosa que asustaría a cualquiera— para tratar a su mano derecha, pero resultaron inútiles. Hubo una agria polémica cuando el médico de Hitler, Theo Morrell, denunció como mala praxis el uso de sulfamidas por parte del doctor Karl Gebhart, cirujano jefe de las Waffen SS, para tratar al herido. Eso dio lugar, en la espantosa lógica nazi, a una atrocidad que es un buen epílogo para la carrera de Heydrich: Gebhart se instaló en el campo de concentración de Ravensbrück y se dedicó a experimentar con prisioneras —a las que causaba heridas y luego se las infectaba él mismo— para demostrar que su tratamiento del *reichprotektor* no había sido equivocado. Esos experimentos provocaron la

muerte y el sufrimiento de un grupo de presas seleccionadas como cobayas humanas, las llamadas *kanichen* (conejos), en su mayoría polacas. El pasado abril pude conocer a una de las supervivientes en las ceremonias de liberación del campo de Ravensbrück y me mostró sus piernas surcadas por grandes cicatrices, marcas atroces que, de alguna manera, conducían tortuosamente hasta Heydrich.

Al conocer la noticia del asesinato, Hitler —que siempre mantuvo cierta distancia incómoda con el gran verdugo de su régimen— inicialmente denostó con rabia a su subordinado por imprudente; luego comparó su muerte a la pérdida de una batalla, y finalmente lo calificó emocionado, en su funeral de Estado en la Cancillería del Reich, en Berlín, de "hombre con el corazón de hierro". Los líderes nazis despidieron al único de los suyos muerto en atentado con una ceremonia espectacular. La Filarmónica de Berlín interpretó la marcha fúnebre de *Sigfrido* anticipando el *Götterdämmerung* de 1945, e incluso el Führer tuvo un gesto con los hijos de Heydrich —el mayor de los cuales murió poco después atropellado por un camión— que recuerda poderosamente la caricia a los niños soldados de la Volkstrum en los jardines del búnker, poco antes de suicidarse.

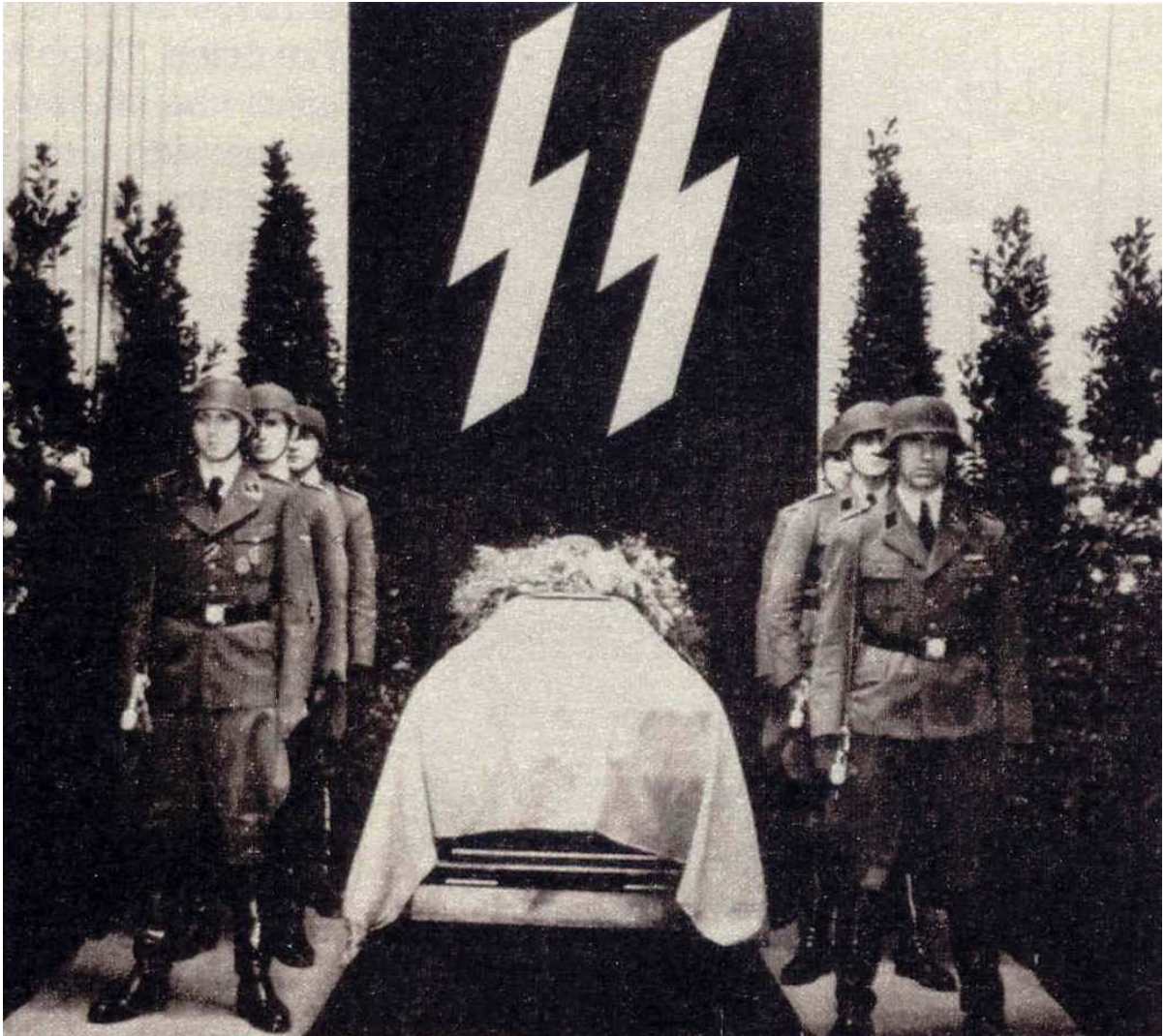
En Praga aún se recuerda el silencio expectante que se creó tras la noticia del atentado. La venganza nazi se desató luego de esa calma como un latigazo, una tempestad inmisericorde. Las represalias se sucedieron brutalmente: ejecuciones masivas; deportaciones; la destrucción completa de Lezav y Lidice, localidades a las que se atribuía haber dado refugio a los paracaidistas, cuyas cabezas cortadas se empalaron en picas y se exhibieron. Las de Gabčík y Kubis se conservaron en formol en el palacio de Peček hasta el final de la guerra.

Hoy es una experiencia estremecedora recorrer la hermosa ciudad, tomada por los turistas, siguiendo las huellas de Heydrich. Sus pasos resuenan en la escalinata del castillo Hradčany, donde uno imagina ondear las grandes banderas de las SS; la música de su padre parece flotar en el palacio Valdštejn, donde el líder nazi asistió a un concierto en honor de Bruno Heydrich la víspera de su asesinato. El escenario del atentado, en el cruce de las calles V Holešovičkách y Žitná, ha cambiado, pero uno espera intranquilo ver aparecer el siniestro Mercedes del *reichsprotektor* en cualquier momento.

El peor lugar es, sin embargo, el cementerio judío, en el que las lápidas se amontonan como los pecados de Heydrich, el Golem de Hitler, creando largas sombras en el crepúsculo. Por la noche, después de ver a los patos nadar en el Moldava y recorrer los locales de copas de Mala Strana, recordé el viejo rito eslavo para conjurar los espectros demoníacos: escupir sobre el fuego. Lo hice encima de una bujía encendida en el suelo a la puerta de un bar, musitando el nombre de Reinhard Heydrich, y la llama se apagó con un siseo airado de serpiente.



La bestia rubia.
Reinhard Heydrich, un hombre ambicioso y calculador, vistiendo el uniforme de oficial de las SS.



Adiós al monstruo.

Hitler despidió a Heydrich, su "hombre corazón de hierro", con todos los honores. En la Chancillería del III Reich le organizó un soberbio funeral de Estado, al que asistieron todos los líderes nazis. En la solemne ceremonia, la Filarmónica de Berlín interpretó la marcha fúnebre de "Sigfrido" de Wagner.



La venganza

Los niños de la escuela de Lidice, antes de la masacre desatada por los nazis después del atentado que causó la muerte de Haydrich. Lidice fue destruida.

El País semanal, N^a 1501 de 26 junio de 2005